

The book cover features a vibrant yellow background. In the center, the title "EL SOL NACE EN TU MIRADA" is printed in a bold, black, serif font, arranged in five lines. The author's name, "Mau Vázquez", is positioned at the bottom in a smaller, black, serif font. The cover is decorated with several green palm fronds, some of which are partially visible at the top, bottom, and right edges, creating a tropical and artistic feel.

**EL
SOL
NACE
EN TU
MIRADA**

Mau Vázquez

EL SOL NACE EN TU MIRADA

MAU VÁZQUEZ

Copyright © 2019 MAU VÁZQUEZ
Todos los derechos reservados.

ISBN: 9781089929642

A LA VIDA

Gracias por darme la oportunidad de escribir

Contenido

[Title Page](#)

[Copyright](#)

[Dedication](#)

[1](#)

[2](#)

[ACERCA DEL AUTOR](#)

Con tres hojas en blanco, la marea alta y una sensación de placer, comencé a escribir una carta.

“A la vida

Por Rubén Valdés

Primero que nada quiero darte las gracias por permitirme conocer esta experiencia en el cuerpo. Cada vez te entiendo menos, pero al mismo tiempo ha surgido en mí un espacio nuevo donde esa incertidumbre se transforma en alegría. Sí, en la de estar presente sin importar lo que depare el destino...

—Hola, me puedo sentar aquí —exclamó una mujer de mediana edad, que quizás rondaba los treinta y cinco años.

—Claro —le respondí—, el chavo de azul que ves allá es el que atiende las mesas.

—¿Eres de por aquí? —me preguntó.

—Es la primera vez que vengo a Oaxaca y a este restaurante. Llevo toda la mañana aquí sentado.

Me cuesta mucho trabajo concentrarme cuando alguien habla conmigo porque soy adicto a conocer personas nuevas; pero esta vez, las últimas hojas de mi libreta pedían a gritos que las llenara de letras, y eso hice. Como si ella no estuviera, continué mi carta.

...Escuchando el mar de fondo me pregunto si al escribirle a la vida podré ser leído por la misma. Sin embargo, parece más interesante el hecho de dejarme llevar y agradecerme por estar disfrutando de la brisa que salpica mis brazos, de la arena que cubre mis pies y sobre todo...

—Ay, sorry que te interrumpa de nuevo, pero me gustaría preguntarte algo.

—Lo que necesites —le respondí.

—¿Eres escritor? Es que te me haces súper conocido.

En cuanto terminé de escuchar su pregunta, mi mente se puso en blanco.

—Si te digo la verdad no vas a creerme —le respondí.

—¿Y por qué no habría de creerte?

—Porque yo escribí *Poesía en Los Andes y Abrázame cuando amanezca*.

—¡¿Qué?! Es imposible, esos son libros de Héctor Estrada. Te faltan como veinte años y muchas canas para ser él.

—Ves, soy adivino, te dije que no me creerías. Es normal, no te culpo.

Como en la escuela cuando estabas a punto de pasar al frente y de pronto te salvaba el timbre del recreo, así llegó el mesero para preguntarnos si se ofrecía algo en la mesa que, sin querer, ya era comunal pues dos chinitos se sentaron en el otro extremo.

Ella pidió algo de comer, yo ordené otro espresso y continué escribiendo.

...la dicha que regalan estas letras. Por eso te doy las gracias de la única forma que puedo, escribiendo.

Durante muchos años, los letristas han usado analogías casi utópicas para referirse al amor que sienten por la vida. Muy lejanas, claro está, de la plenitud que regalas en el momento presente, ese espacio que emana entre cada pensamiento y entre cada palabra escrita.

Cien veces te doy las gracias por acompañarme cuando todo parecía estar perdido. Fue en esas noches de soledad inaudita donde me permitiste conocer lo que eras realmente.

Hice una pausa en mi escrito y me dirigí a la mujer que me había distraído.

—A todo esto, ¿cómo te llamas? —le pregunté.

—Soy Amelia y sigo sin creer que tu hayas escrito *Poesía en Los Andes*. Es mi libro favorito, lo tengo autografiado por Héctor.

Luego de esa confesión, decidí sacrificar una parte del poco espacio que quedaba en mi libreta para dibujar el mismo autógrafo. También saqué una identificación oficial y le mostré mi firma. ¡No manches, está igualita!, dijo con asombro. Así es, yo le enseñé a hacerla, pero no le cuentes a nadie. Será nuestro secreto.

—¿Cómo es posible? —me preguntó en lo que servían su comida.

—¿Molletes en la playa? Qué rara eres.

—Explícame que no entiendo nada.

Tal vez parezca que los libros son de Héctor, pero las letras, cada una de ellas salió de mi puño. Cuando terminé de escribir *Poesía en Los Andes*, tuve la oportunidad de compartírselo a una ex maestra de la facultad con la que seguía en contacto. Tres días después tocó la puerta de mi casa. Recuerdo lo exaltada que estaba, incluso llamó por teléfono a la dueña de una editorial y concertó una cita en mi nombre. *Esto debes publicarlo, Rubén, será un éxito y estará en las mejores librerías del país*, me dijo la maestra Hilda. De hecho fue ella quien sugirió la portada que le pusimos.

—¿Entonces Héctor es un fraude? —preguntó Amelia con la boca llena de mollete.

Fraude es un engaño que tiene como propósito perjudicar a alguien, y este jamás fue el caso, le dije.

Una semana después, acudí a la cita con la editorial. En la sala de juntas había todo un equipo de personas discutiendo sobre cuál sería la mejor estrategia de publicidad. Ni siquiera me habían hecho una oferta formal, pero supongo que Hilda les daba la confianza de que yo aceptaría.

Cuando entré a la sala, todos guardaron silencio. ¿Así que tú eres el que escribió esto? Muchas felicidades, mi nombre es Sofia Bracho y desde hoy, esta será tu segunda casa, me dijo la dueña de la editorial.

La verdad es que nunca entendí en qué momento se dio todo tan rápido. En la reunión se mencionaron cosas como entrevistas, presentaciones del libro en seis países y hasta firmas de autógrafos. Parecían saber exactamente lo que pasaría conmigo. Según Sofía, me haría famoso de la noche a la mañana.

Todo sonaba sencillo, sin embargo, me sentía intranquilo al respecto.

—¿Y cómo es que llega Héctor a tu vida? —preguntó Amelia.

Para contarte sobre él, tengo que hablarte más de Hilda.

El proceso del libro nos unió demasiado, la veía tres o cuatro veces por semana. Ella estaba en sus sesentas y, para esa edad, su cuerpo era exorbitante. En la facultad siempre la traté con amabilidad y respeto, pero ya habían pasado muchos años desde que dejamos las aulas.

Una tarde nos quedamos más tiempo en la editorial, ahí aproveché para explicarle que no me sentía cómodo con eso de promocionar el libro en entrevistas y tener reflectores encima. Maestra, con todo respeto, le dije, a mí

lo que me apasiona es escribir, no tengo la menor intención de salir en la tele, ni de andar firmando autógrafos.

El miedo de publicar tu primer libro es pasajero, Rubén, de pronto estarás creando el segundo. Además, sin la promoción es muy difícil mover la obra, me respondió sin entender que eso era lo menos importante para mí.

Al siguiente día, Sofía nos invitó a cenar, escogió un lugar fino para celebrar lo que ella consideraba como el siguiente gran éxito de la editorial. En el restaurante nos sirvieron foie gras, caviar y un poco de champaña. A mí me hubiera gustado ir por tacos y cerveza, pero donde gobierna capitán...

La maestra Hilda comenzó a decir unas palabras cuando la poca champaña se convirtió en mucha. Realmente no recuerdo lo que dijo, sólo tengo presente el vestido negro que delineaba su cintura y por supuesto, el escote; un corte al centro del pecho que permitía observar el collar de oro que llevaba puesto. Los aretes combinaban de manera perfecta con su sonrisa. Conforme hablaba, pude percatarme que la deseaba, pero no de forma vulgar, había algo más.

Para mi mala fortuna, pensé en ese momento, la maestra llevaba treinta años felizmente casada, o al menos eso reflejaba el anillo de bodas que aún usaba. Al momento de juntar las copas para brindar, la mire a los ojos y le agradecí por convencerme de vivir una aventura nueva. Ella me miró de vuelta fijamente, sonrió de manera tenue, se tocó el oído y con la mano que tenía desocupada tocó mi pierna para acercarse.

—Para todos, amiga —exclamó Sofía—. Las proyecciones indican que *Poesía en Los Andes* romperá record de ventas en la editorial. Sé que es muy pronto para darles esta noticia, pero el algoritmo con el que trabajamos difícilmente se equivoca. Es más, ¡que nos traigan otra botella de champaña!

Vas a decir que siempre te interrumpo, me dijo Amelia, pero es que tengo muchas ganas de ir al baño y no quiero perderme la historia. Voy rápido, no tardo.

En lo que ella iba a donde tenía que ir, caminé para respirar un poco y me acerqué al mar. Cuando tengo la oportunidad de estar en este espacio en el que el color de la arena se oscurece después de haber sido alcanzado por el agua, todo cambia en mi mente. Siento que estoy en casa. Aprovechando el momento volví a mi carta.

Hace tiempo elegí disfrutar los placeres que otorgas. Desde los mas banales hasta los más simples como este instante en el que, sentado en la arena, puedo expresar con letras cuánto te amo, vida. Sé que me lees y que incluso respondes acariciando mis pies con la punta del mar que tengo enfrente.

A veces me gustaría escribirte un libro entero para agradecerte, ya que hoy tengo la claridad de que todo lo que he vivido, ha sido perfecto. Cada paso, cada logro y cada tropiezo han sido exactamente como debían haber sido para que pueda redactarte esta carta. Te la escribo a ti y me la escribo a mí pues gracias a la unión que ahora experimentamos, todo tiene sentido.

Infinitas gracias, vida mía. Te amo.”

Una libreta más llegando a su fin, pensé en voz alta, la cerré y regresé al restaurante. En la mesa comunal aún estaban los dos chinitos que jugaban sudoku y tomaban un mojito. Amelia, en cambio, se mecía lentamente en una hamaca, traía los audífonos puestos, así que no quise molestarla.

El mesero se acercó con los postres, según él, eran los mejores de la zona. Le di las gracias y preferí pedir la cuenta. Deseaba conocer los alrededores así que guardé mi libreta, me puse las sandalias y antes de que pudiera ponerme de pie para ir a pagar, Amelia apareció frente a mí.

—Ni creas que me vas a dejar picada con la historia, eh. Ahora tendrás que terminar de contarme.

—Te vi muy cómoda y no quise molestarte, pensé que ya te habías aburrido.

—¿Cómo crees? Al contrario, esta vez fui yo la que no quise interrumpir. Te vi de lejos cuando regresé del baño y parecías estar muy tranquilo frente al mar.

—Gracias, Amelia —le dije con una sonrisa.

—¿Por no interrumpirte otra vez?

—Por escucharme, incluso por leerme. Eres la primer lectora que conozco.

—En serio me cuesta creerte, Rubén.

—Lo imagino. De hecho, sería bueno que te quedes con la idea que tenías. Así vas a disfrutar más el siguiente libro.

—¿Publicarás otro?

—En dos semanas.

Luego de pagar la cuenta, le pedí a Amelia que caminara conmigo y continuaría la historia. Accedió sin problema.

Cuando llegó la siguiente botella de champaña estaba un poco confundido, pues había sentido como una insinuación las últimas palabras de la maestra. De no haber sido por Sofía, en ese mismo momento le habría confesado mis ganas de arrancarle el vestido a besos.

—A ver, Rubén, explícame algo. ¿Cómo que no quieres salir en las entrevistas, ni hacer las presentaciones del libro? Es una locura. Una cosa es que seas grandioso escribiendo, pero tienes, qué digo tienes, debes salir en todas las promociones que en la editorial hagamos.

—Lo sé, Sofía, la maestra Hilda ya me lo dijo, pero no es lo que quiero. A mí no me interesan los reflectores.

—Qué pena, pero así se maneja este medio, querido. Además ya hemos invertido bastante en tu libro y en el adelanto que te dimos.

—Creo que este no es el lugar ni el momento para hablar de esto —dijo la maestra—, hoy estamos celebrando. Brindemos una vez más.

Igual que en el último brindis, Hilda volvió a agarrarme la pierna, pero esta vez, con mayor presión y un poquito más arriba.

Muchas gracias a las dos, les dije, es para mí un honor celebrar el día de hoy con ustedes. Con gusto podemos hablar de eso en otro momento. Si me permiten, debo irme. Sigán disfrutando la noche.

—¿Te fuiste y las dejaste ahí? —preguntó Amelia.

No fue tan sencillo, le respondí, pues Hilda se levantó detrás de mí, caminó de prisa y justo en la recepción me paró en seco.

—Rubén, no te vayas así, por favor —me dijo.

—Lo siento, maestra, pero ya sabe lo que pienso al respecto. Usted prometió que buscaríamos una solución y contarle a Sofía me parece lo contrario.

—Lo prometido es deuda, pero debes tener en cuenta que Sofía es la dueña de la editorial y también mi amiga, tarde o temprano iba a enterarse, preferí que fuera por mí.

—La entiendo, por eso prefiero retirarme, ustedes sigan pasándola bien. Todavía queda champaña.

Durante el camino a mi casa divagué sobre lo que había sucedido con la maestra Hilda. El hecho de que le contará a Sofía era insignificante, comparado con el deseo que sentía de que lo nuestro se convirtiera en algo más.

Cada que Hilda sonreía y me miraba a los ojos, algo se movía en mi interior. Sentía que estaba frente a un ser perfecto. Su cuerpo, sus ojos y todo lo que vibraba en ella era fascinante, para mi mala fortuna estaba casada, pensé.

—Oye Rubén, ¿hacia dónde vamos? —preguntó Amelia—, tengo la tarde libre, pero ¿quieres ir a algún lugar específico? ¿Estás sólo o vienes acompañado? ¿Ya me vas a contar lo de Héctor?

Vaya, tú sí que tienes preguntas, le respondí después de que volviera a interrumpir mi historia. Ya casi llegamos a la parte de Héctor, no comas ansias. Ah, y sí vengo acompañado, pero de una bella dama que no para de preguntar cosas, de nadie más. Si te parece, podemos tomar algo en la terraza de aquél lugar. No lo conozco, pero yo también tengo la tarde libre y me encantaría saborear un whisky en las rocas.

Entramos a un restaurante italiano que estaba a la orilla de la playa. Al instalarnos, el que parecía ser el dueño nos recomendó la suprema pizza de Tavira, una creación suya, comentó. Yo ordené un Jack Daniel's en las rocas; Amelia, en cambio, optó por la recomendación del italiano. Parece ser de buen diente, qué gusto compartir con ella la comida y la bebida, pensé.

El silencio invadió nuestro espacio durante un par de minutos, ninguno dijo nada. Ella apreciaba las olas del mar mientras yo la contemplaba pensando en la situación en la que me encontraba, pues una vez más estaba viviendo una experiencia nueva. En ningún momento había planeado esto.

Mi instinto, como de costumbre, fue sacar la libreta para escribir sobre lo que sucedía, pero ya no había hojas en blanco. Amelia se dio cuenta y su único recurso fue ofrecerme la parte de atrás del mantel del restaurante.

—A ver, escribe un poema como los que le dedicaste a la vida en *Los Andes*.

A la vida le dediqué mi primer poema, sin saber lo que hacía realmente; me adentré en ella. Caminé descalzo por sus arenas y dibujé una figura que de a poco se llevaron las olas con el paso del tiempo.

Gracias vida por dejarme experimentarte, le dije en el segundo poema. Ahí tuve la oportunidad de expresarle mi profundo amor en forma de letras y con un te amo quise terminar el pequeño poemario que había creado en un restaurante italiano, frente a mi querida Amelia.

—Ay, no lo puedo creer. De verdad es como los que he leído. De hecho este está mejor.

—Te lo dije.

—Oye, ¿ya casi llegamos a la parte de Héctor?

Luego de aquella cena para celebrar que el libro estaba listo, le pedí a Sofía una cita en su oficina. *Encantada de la vida, Rubencito, espero que ya vengas con tu segunda obra*, me dijo. De hecho sí, le respondí. Acto seguido, canceló sus juntas del día y me recibió dos horas más tarde.

A esas alturas, ya llevaba tres capítulos de *Abrázame cuando amanezca*; aproveché para mostrárselos. Mi intención real era dejarle claro que yo no sería la imagen de mis libros; para eso debía ofrecerle algo, y pensé que mis dos obras servirían de intercambio.

Cuando estaba por llegar a la mitad del primer capítulo, intenté interrumpirla, pero no me puso ni la más mínima atención. Se quedó pegada en el texto hasta terminar el segundo capítulo, ahí se levantó de la silla, tomó el teléfono que estaba sobre su escritorio, y con el altavoz encendido le pidió a su secretaria que llamara al director jurídico y a la maestra Hilda en calidad de urgencia.

—¿Todo bien, Sofía? —le pregunté algo confundido.

—Rubén, no sé cómo decirte esto, pero gracias. Eres lo mejor que le pudo pasar a la editorial. Y a mi vida.

—Bueno, es un placer tener esta oportunidad, pero justo sobre eso quiero hablarte.

—¿Sobre qué? —preguntó con tono firme— No me digas que ya te hicieron otra oferta, porque puedo superar cualquier cantidad que te hayan prometido. Es más, anota en este papel la cantidad con la que te sientas pleno y yo me encargo de hacerlo realidad.

—No es eso, Sofí, con lo pactado es suficiente.

—¿Entonces, es sobre tu miedo a salir en revistas y volverte uno de los

escritores más reconocidos de esta época?

—Es todo lo contrario al miedo. Soy feliz haciendo lo que hago, sentándome en un parque durante horas con la única convicción de permitirle a mi pluma que se exprese. Soy feliz tomando un café y dejando que la vida se apodere del espacio en blanco que hay frente a mí, para de a poco irlo llenando con letras. Esa es mi plenitud, no las revistas ni las cápsulas de radio.

—Todo eso puede continuar, Rubén, una cosa no excluye a la otra. La única diferencia es que la gente podrá reconocerte por tu trabajo y querrán saber más sobre ti. Quizás tengas que dar un par de autógrafos, pero siempre será para personas que se han tomado el tiempo de leerte. Ese es el sueño de cualquier escritor.

—El mío es tener la oportunidad de escribir. Sólo eso.

—¿Y qué sugieres? Dame algo con qué ayudarte, porque tus obras sí o sí deben publicarse.

De pronto, tocaron la puerta. Era Sergio, el abogado de la editorial. Sofía le pidió que pasara y en menos de dos minutos lo puso al corriente de la situación.

Eh, si me permiten opinar, dijo el abogado, durante años hemos usado escritores fantasma para algunos de nuestros autores más prolíferos. Se me ocurre, a reserva de lo que ustedes piensen, que esta ocasión, lo hagamos al revés.

—¿Cómo que al revés? —le pregunté al tipo trajeado.

Sí, continuó, busquemos alguien con un perfil equilibrado para que sea la imagen de las letras de Rubén, será un autor fantasma. Pienso en un hombre mayor que ronde los cincuenta.

—Sesenta —dijo Sofía.

Ok, ya tenemos edad. Lo visualizo calvo, para que nos dé seguridad por los años vividos.

—Cabello largo y canoso —dijo Sofía.

Listo ya tenemos a alguien en mente, aseguró Sergio. ¿Qué piensas, Rubén?

La verdad me agrada la idea, le respondí. Así, esa persona tendrá todos los reflectores encima y yo podré continuar haciendo lo que más amo. Sofía, quien escuchaba atentamente, le dio la vuelta a su silla y se quedó mirando la ventana que estaba detrás de ella.

El silencio que llenó la oficina fue interrumpido por el tono de su celular. Sin voltear la silla le pidió a Sergio que comenzara a redactar un acuerdo de confidencialidad y respondió el teléfono.

—Hilda, necesito que llegues lo antes posible, quiero platicarte de frente lo que está pasando. No tardes, por favor.

A ver, Rubén, me dijo. Llevo treinta y cinco años en el mundo literario, tenías apenas cinco años cuando yo ya estaba corrigiendo libros. En todos estos años solamente me he encontrado con dos personas a las que les prometí cumplir cualquier cosa con tal de publicar sus obras y tu eres el segundo. Así que haré todo lo que esté a mi alcance para que te sientas cómodo escribiendo en tu parque y con tu café sin la necesidad de que viajes a Argentina, a Brasil o a España y te entregues a la promoción de tu propia obra. Te lo prometo.

Muchas gracias, Sofía, no sabes cuánto significa esto para mí, ya hasta me dieron ganas de seguir escribiendo, le respondí con una sonrisa de oreja a oreja.

Tampoco creas que todo será miel sobre hojuelas, me dijo con un cambio de tono. Habrá gastos extras que no estaban contemplados y es muy probable que tus regalías disminuyan pues quien sea que ocupe el puesto, tendrá que recibir una remuneración económica o algún tipo de incentivo.

Lo imagino, Sofí, le respondí. De hecho creo que sería lo más justo, así que no te preocupes. Mejor cuéntame, ¿ya tienes a alguien en mente? ¿Puedo entrevistarlos?

Al terminar mi pregunta, alguien volvió a tocar la puerta, esta vez era la maestra Hilda, quien de nuevo se veía radiante con uno de sus vestidos que no sólo le daban clase, sino que definían su escultural cintura. Se me iluminaron los ojos cuando la vi entrar, me puse de pie y como el caballero que soy, arrimé la silla para que pudiera sentarse junto a mí.

Iré al grano, dijo Sofía. Los tres estamos al tanto de que aquí Rubén no tiene interés de salir a cuadro, ni siquiera de firmar autógrafos. Con tal de publicar sus obras estoy dispuesta a crear desde cero, si es necesario, la imagen de un autor fantasma. Contrataremos a alguien que sepa hablar en público, que refleje experiencia por los años vividos, aunque tenga poca en el mundo literario y, sobre todo, tiene que entrar en el perfil que juntos diseñaremos. ¿Qué les parece?

—Me fascina la idea —respondí.

—Yo no estoy de acuerdo, me parece algo descabellado —dijo Hilda.

—Pero yo estoy de acuerdo, maestra —le dije y aproveché para devolverle el favor. Tomé su pierna y me acerqué un poco más a ella.

Su respuesta inmediata fue alejar mi mano, se puso de pie y salió de la oficina.

—¿Cómo, cómo? ¡Si ella te agarró la pierna en la cena!

—Híjole, Amelia, si diosito me hubiera dado un súper poder, te prometo que habría sido el de entender a las mujeres.

—A las mujeres tienes que amarnos, Rubén, no entendernos. in generalizar, querido, yo cuando quiero algo, lo hago. No me ando con medias tintas.

Uno es quien es cuando es, o por lo menos comencé a creer eso desde la primera vez que tuve un bloqueo creativo, como a muchos nos gusta llamar a esa necesidad de encasillar nuestra urgencia de reprimir las letras que sentimos y, por ende, dejamos de expresarlas.

Mi primer bloqueo de escritor, le dije a Amelia, sucedió cuando tenía treinta y cinco años. En ese entonces vivía la relación de pareja más chingona de mi historia. Me sentía completo y feliz. Amaba y me sentía amado, hasta que pude darme cuenta que era una simple proyección, pues Daniela Montes, quien fuese mi prometida, terminó conmigo en una banca del Jardín de la Unión, en Guanajuato.

Esa tarde, antes de conocer el bloqueo creativo que duró ocho meses, caminamos por todo el centro de la ciudad. Tuvimos una tarde maravillosa en las escaleras del teatro Juárez, dos refrescos, una bolsa de papas y media hora de risas ininterrumpidas, cortesía del mimo del pueblo. Es increíble lo que un hombre con la cara pintada de blanco, con apenas un sombrero y un peluche que parece perro, puede hacer frente a un centenar de personas.

Daniela se ponía de malas cuando se pasaba la hora de sus sagrados alimentos, así que fuimos a cenar cerca del Callejón del Beso donde me hizo pagarle a un cuentacuentos para que nos relatara la historia del lugar que, para ser honesto, es una de las leyendas más absurdas que he escuchado en mi vida.

Según el relato, a Carmen se le había prohibido ver a su amado don Luis, quien vivía en la casa de enfrente. Ambas casas las unía un balcón, en donde fueron sorprendidos por el padre de Carmen besándose, quien iracundo clavó una daga en el pecho de su hija. Al ver esto, lo único que pudo hacer don Luis fue besar la mano fría de su amada. ¿Qué clase de leyenda es esta en

la que el padre mata a su hija y su amado le besa la mano? Después de terminar la historia y hacer una fila enorme, debes posar para una foto en el tercer escalón del callejón que está pintado de rojo. No entendí la historia, pero estar ahí junto a la que se iba a convertir en mi esposa y besarla en el escalón me puso los pelos de punta.

Después de tomarnos la foto, compramos un tinto y caminamos hasta llegar al Callejón de las Ánimas, donde nos sentamos en un rincón, abrimos la botella y con un frío de los mil demonios, me pidió que leyera en voz alta la columna que enviaría esa misma noche a la revista digital donde me encontraba trabajando. No todo eran poemas en esa época.

“Más allá del cuerpo

Por Rubén Valdés

Ser la mejor versión de ti mismo tiene que ver con tu parte interna, no con el exterior donde es más sencillo aparentar que todo está bien.

Las modificaciones que le hacemos al cuerpo, a través del método que sea, son importantes si el cuerpo es lo único que creemos ser. Sin embargo, llega un momento en la vida donde lo interno, en este caso el alma, toma un lugar que nunca antes había tenido, se convierte en el eje central que existe entre el cuerpo y la mente. Algo así como un puente que nos permite, desde ahí, caminar sin miedo por el mundo de lo divino.

Es desde ese espacio que nuestros más profundos deseos se vuelven realidad. Sean estos los que sean. Por eso, ser la mejor versión de ti mismo proviene de conectar con tu alma, para que desde ahí puedas experimentar un mundo lleno de amor, un espacio nuevo que siempre estuvo ahí, pero que simplemente no habías sido capaz de redescubrir, pues con tantos condicionamientos adquiridos, se fue nublando poco a poco.

Sé la mejor versión de ti mismo desde el amor, desde la compasión y desde lo más interno de tu corazón; amor puro le dicen los que han logrado acceder a ese espacio.

El cuerpo es el vehículo del alma controlado por la mente, ninguna de las tres partes supera al todo. Hoy en día nos hemos centrado solamente en el cuerpo, lo modificamos porque creemos que desde ahí las cosas cambian, y es cierto, pero el cambio es muy

limitado. Se queda en un porcentaje muy pequeño comparado con la totalidad que hay en tu alma, esa que se permite experimentar una pequeña y grandiosa partícula del universo como el cuerpo.

Es en ese puente que crea el alma donde todo surge, donde el presente se apodera de la totalidad que existe en nuestro ser, para así darnos la oportunidad de fluir y experimentar cualquier cosa que deseemos; hasta modificar el cuerpo.”

Cuando terminé de leer la columna, reinó el silencio, la botella de tinto estaba por esfumarse y Daniela quiso visitar el Jardín de la Unión donde, después de darle la vuelta, se sentó en una banca y me pidió que la escuchara.

Rubén, la verdad es que no tenía esto planeado, ni lo había pensado. Este viaje ha sido uno de los mejores de mi vida, así como nuestro noviazgo. Te juro que eres el hombre perfecto, pero no para mí. En este momento extraño mi soltería, de hecho desearía estar en un bar rodeada de extraños y no preocuparme de nada más que de disfrutar lo que surja.

Tú me has enseñado lo hermoso que es vivir sin preocupaciones, pero ahora quiero experimentarlo sola. Discúlpame Rubén, pero no puedo casarme contigo. Espero que algún día logres perdonarme. Ayer, mientras estabas en la alberca del hotel, compré un boleto de avión a Buenos Aires sin fecha de regreso. Te pido perdón y también quiero devolverte este anillo que con tanto amor acepté el día que me pediste matrimonio.

Sé que encontrarás a la mujer de tus sueños pues eres un gran hombre, el mejor que puede existir para alguien que busca una vida simple y natural. No es justificación, pero yo deseo algo distinto. Gracias por todo, Rubén, prometo extrañarte.

Luego del discurso más hiriente, pero a la vez más honesto que había escuchado, me quedé sentado en la banca sin hacer nada. Daniela era un mar de lágrimas, de hecho se levantó y me pidió vernos en el hotel para recoger nuestras cosas.

No recuerdo con exactitud cuánto tiempo pasé en esa banca sin moverme, sólo tengo pequeños recuerdos de los estudiantes que bailaban disfrazados con mallas y tocaban sus panderos haciendo acrobacias. En algún punto, una pareja se sentó a mi lado, ella le compartía de sus esquites, incluso usaron la misma servilleta. Esa imagen hizo que todo pareciera tan simple.

Fue imposible para mí regresar al hotel, en realidad jamás volví a ver

a Daniela. Decidí dejarla ahí junto con todas mis cosas, tomé un taxi a la central de autobuses y regresé a la Ciudad de México.

A partir de ese día, pase ocho meses sin completar un sólo texto. Anotaba ideas e intentaba componer sonetos que siempre se quedaban a medias. Continué dos años más en la revista porque realizaba otras funciones como editor, sin embargo, tuve que renunciar pues mi alma me pedía a gritos vivir una nueva experiencia.

Con el dinero que recibí del finiquito emulé a Daniela y compré un boleto de avión sin fecha de regreso. El mío fue a Chile.

Era hora de reinventarme. Quisiera que imaginaras por un segundo lo complicado que puede llegar a ser para un escritor dejar de producir durante ocho meses lo que más ama. De milagro no me volví loco, estuve a punto.

Si contaba con algo en Los Andes, era con tiempo, por eso retaqué mi mochila con libros de segunda mano que logré adquirir en el centro de la ciudad. Todos los días, durante horas, empecé a cultivar mi mente y mi espíritu. Tuve la oportunidad de leer sobre temas místicos que me llevaron a conocer la meditación, disfrute varias novelas de amor caótico y, en especial, devoré una cantidad basta de obras que explicaban el funcionamiento del cerebro y de cómo es posible modificar nuestro ADN a través del pensamiento. Pasé tres meses concentrándome en mi interior.

Poco a poco la pluma volvió a fluir, pero esta vez lo hizo como nunca antes. En una ocasión recorrí en bicicleta El Salto del Soldado, en la mochila traía una libreta, un poco de pisco y toda la intensidad de perderme entre letras. Ahí, tirando encima de una roca, comencé a escribir mi primer obra.

—Ahora entiendo cómo es que escribiste esos poemas tan hermosos —dijo Amelia—. Debió de haber sido una bonita experiencia, en especial después de lo que te pasó con Daniela. Sin comparar, creo que los dos hemos pasado por situaciones desagradables, pero la verdad es que como lo dices en una parte del libro: *la vida siempre te pone en donde debes estar para aprender algo, aunque no logres darte cuenta en ese instante.*

—Vaya, nunca me habían citado de frente —le respondí.

—Para que veas que sí soy tu fan, bueno, también de Héctor.

Una tarde, cuando ya me había quedado sin qué leer, visité la librería de segunda mano donde ya había adquirido varios ejemplares. Ese día, don Augusto me recomendó irme a San Esteban, una región que se encuentra a escasos diez minutos del centro de Los Andes. Para mi grata fortuna, su hija

rentaba una cabaña que, según él, congeniaba a la perfección con la belleza de la montaña. Por haberle comprado varios libros, ofreció convencerla de hacerme un descuento, también me regaló un pequeño manuscrito de origen Inca. *Léelo en el jardín de la casa cuando el sol esté por irse y el silencio absoluto te alcance*, me dijo. Una parte de aquel texto cambió la perspectiva que tenía sobre la vida y se quedó grabado en mi corazón para siempre.

“Por eso no debes temer, eres un instrumento de luz, amor y saber, de conocimiento milenario que ha decidido descender, llegar y recrear lo que existe. Por ello es importante fluir y amar todo lo que está a tu alrededor, comenzando con tu propio cuerpo, tu mente y tu espacio divino de conocimiento. Todo lo que eres te rodea y todo lo que te rodea es parte integral de tu ser al alcance de la vida.

¡Vive como quieras, pues es en ti donde todo comienza!”

Después de leer esa parte del manuscrito, me tomó dos semanas terminar de escribir *Poesía en Los Andes* y decidí que era momento de regresar a México. Entendí que, en el fondo, yo era quien estaba a cargo de mi existencia y que a pesar de los problemas, tenía la capacidad de crear una vida completamente distinta a la que estaba acostumbrado. Y así lo hice.

Oye, ahora que lo pienso, le dije a Amelia, te estoy contando mi vida entera y sobre ti, no sé absolutamente nada.

—¿Qué te gustaría saber? —respondió.

—Algo que tú quieras contarme, no sé hacer tantas preguntas, tú eres buenísima para eso.

—Primero que nada, tengo un hijo, su nombre es Efraín, pero le gusta que le digan Inat, él solito lo inventó. Tiene nueve años y es lo mejor que me ha pasado en la vida. Ojalá puedas conocerlo algún día.

—Sería maravilloso. Amo cuidar niños ajenos, soy el niñero de mis sobrinos.

—Bueno, también te puedo contar a qué me dedico. Trabajo en una agencia, somos algo así como promotoras de talento extranjero para la solución de problemas y/o generación de oportunidades entre iniciativa privada y gobierno.

—Ah chinga, a ver, ¿cómo es eso?

—El negocio es de la Parcera, mi jefa colombiana, yo le ayudo con el

cabildeo. Mi función es básicamente checar que las niñas que solicitan algunos funcionarios de gobierno, estén seguras. También hago la recolección y entrega del dinero. Usualmente son pagadas por empresarios que de esa forma libran problemas gubernamentales.

Para serte honesta, nunca pensé que me dedicaría a esto, pero cuando renuncié a mi antiguo empleo no sabía qué hacer. Tampoco creas que soy una madrota, ni nada por estilo. Cada quien está ahí por su elección.

—¿Y si se puede saber, cómo fue que terminaste ahí? —le pregunté.

Cuando tenía veintiséis años, dijo Amelia, el director de la marca para la que trabajaba me estaba poniendo el cuerno con su secretaria. Al enterarme, le hice un desmadre frente a toda la oficina y su respuesta fue terminar conmigo diciéndome que tenía que hacerse cargo del hijo que iba a tener con ella. Supongo que la secretaria tuvo suerte, porque yo no le había dicho que también estaba embarazada, jamás lo hice. Ese mismo día renuncié y nunca volví a verlo. En algún punto imaginé que formaríamos una familia, que dejaría el trabajo y me dedicaría a él y a mi hermoso hijo. Sin embargo, eso nunca sucedió; en cambio, mi vida se convirtió en un caos, estaba embarazada, sola y desempleada.

—Y uno juzgando a las personas por su trabajo sin saber lo que hay detrás —le dije.

—¿Ves cómo es inevitable interrumpir a alguien?

Eso sí, dijo Amelia, antes de contarte mi anécdota favorita, tendrás que firmar un contrato de confidencialidad imaginario, eh; ambos reímos.

No creerás la cantidad de historias que tengo, he vivido cosas irreales en estos nueve años que llevo trabajando en esto. Mi preferida fue cuando la Parcera me pidió que buscara cuatro niñas para el subsecretario de una dependencia. Yo ya sabía que le gustaban bien nalgonas, todo lo contrario a su esposa. Le llevé unas venezolanas recién llegadas al país.

Según entendí, le había ayudado a un gran amigo de la Parcera con la licencia de construcción para un edificio de cuatrocientos departamentos. Resulta que, a pesar de estar prohibido, estos tipos dan licencias a diestra y siniestra; claro, con costos exorbitantes que al final terminan impactando en el precio de los departamentos y, quien compra uno, termina absorbiendo ese sobrecosto que produce el gobierno.

Reservé una suite en el hotel de siempre y tuve que entrar por la parte de atrás. Curiosamente, él hacía lo mismo. Le daba una propina al gerente para

que lo metiera por el área de servicio. Supe esto porque la propina que yo le daba al gerente era aun mayor; por eso, antes de que llegaran, logré poner un par de cámaras ocultas en la habitación y le pedí a las venezolanas que lo pusieran borracho en el restaurante de Polanco donde estaban. Grabé todas las porquerías que les hizo y que se dejó hacer. ¿Quién lo diría? un “respetable” subsecretario, haciendo realidad sus más oscuras fantasías sexuales y todo quedó grabado.

Quince días después, la Parcera estaba encabronada, gritó durante quince minutos como si todo fuera mi culpa pues les acababan de clausurar el edificio a media obra, a pesar de todos los moches que ya habían pagado. Me dijo que tenía dinero invertido en aquel desarrollo. Para ese entonces ya me había convertido en su persona de confianza, yo le llamaba cabildeo, pero realmente le hacía los mandados con las prostitutas del gobierno. Así que era de esperarse que me enviara con el *subse* para negociar el levantamiento de los sellos.

—Mira chaparrita, sólo porque son ustedes, para que pueda ayudarles les va a salir en medio millón, el jefe anda como loco financiando la presidencial con el fin de que le toque hueso, así que no hay de otra, si quieren seguir construyendo, van a tener que entrarle —me dijo el desgraciado mientras se sentaba en la parte delantera de su escritorio y trataba de verme las piernas—. Eso sí, también me van a tener que mandar unas venezolanas, pero estás van por cortesía de ustedes.

—Mire licenciado —le respondí, la Parcera confía en mí por muchas razones y una de ellas es porque aborrezco a tipos como usted. No me lo tome a mal, no quiero ser irrespetuosa, ni mucho menos que se enoje conmigo, pero a veces la vida da algunas vueltas. Sé de buena fuente que usted es el siguiente para tomar las riendas de este lugar como secretario, por eso y porque sé hacer mi trabajo, le aconsejo que, además de quitar los sellos por la módica cantidad de cero pesos, de ahora en adelante, cualquier trámite que tenga algo que ver con la Parcera, entrará directo y sin filtros, sin moches, sin venezolanas y, sobre todo, con mucho cariño, porque si eso no sucede me voy a encargar de hacer *trending topic* lo que viene en esta USB. Revíselo con calma, lo busco mañana al medio día.

Al levantarme de la silla, me acerqué a dos centímetros de su cara, le di un beso en el cachete y le dije al oído que mejor se dedicara a su esposa y a su familia.

Al otro día en la mañana, la Parcera me citó en su oficina. Estaba muy sacada de onda pues ya habían quitado los sellos y aún no se hacía el pago. Cuando le conté lo que pasó y le mostré el video, se puso a llorar. También me entregó un sobre con cien mil pesos y me pidió que me regalara algo, pues lo tenía merecido.

De pronto estaba generando cientos de miles de pesos al mes, pero a diferencia de mis amigas, yo no me iba de viaje a Nueva York ni a Tokio con mi familia. Claro que me gusta vivir bien, pero mientras la gente se va de viaje, yo prefiero trabajar arduamente para darle a Inat todo lo que nunca tuve. Casi no me doy oportunidades como esta de salir de la ciudad, pero al haberte conocido, sé que valió la pena. Mi hijo se quedó en casa de mi madre, decidí venir sola.

—Tu historia de vida es increíble, Amelia, que no te extrañe si algún día escribo sobre esto, eh.

—Ay, nada me gustaría más, pero quiero saber más sobre Héctor, bueno, sobre ti.

La luz del sol comenzaba a esconderse, el whisky continuaba corriendo por mis venas y la necesidad de seguir hablando sobre Hilda se apoderó de mí.

El segundo bloqueo de escritor, continúe contándole a Amelia, surgió ese día en la oficina de Sofía cuando Hilda rechazó mi acercamiento y prefirió irse. Para mi fortuna, esta etapa no duró tanto tiempo, pues si algo aprendí en la anterior experiencia, fue que todo dependía de mí.

Pasé dos meses sin escribir ni mi nombre siquiera. Debido a eso preferí ponerle pausa a mi segunda novela, *Abrázame cuando amanezca*, la cual se quedó en el cajón del escritorio. Quién iba a decir que buscar a alguien para que fuera mi yo literario me permitiría desahogarme un poco, ya que el estrés sería para alguien más.

Sofía hizo su magia y, para la siguiente semana, ya teníamos trece candidatos. El proceso de selección fue muy específico debido a lo complejo del perfil que habíamos desarrollado. Yo sabía que iba a votar por el que mi corazón se inclinara, no por los resultados de un algoritmo.

Por si el bloqueo fuera poco, la relación con Hilda se volvió por primera vez, en una de corte profesional. Ya no se quedaba más tiempo en la

editorial conmigo y cada que podía se alejaba de las cenas que organizaba Sofia. Algo había cambiado en ella. Incluso modificó su forma de vestir, lo empezó a hacer de manera más tradicional. Se habían terminado los escotes y las miradas que me iluminaban el alma.

—¿Todo eso por tocarle la pierna? —preguntó Amelia, quien ya había ordenado un postrecito.

No fue sólo eso, le respondí. Algo en su interior se percibía distinto.

De los trece convocados, logramos descartar a ocho en el primer mes que yo llevaba sin escribir un verso. Los cinco restantes cumplían más del setenta por ciento de los requerimientos, pero únicamente habría un sólo ganador. Yo decidí por quien votaría desde el momento en que tuve a los cinco finalistas de frente, algo en mi corazón vibró cuando los vi juntos, pero no quise decir nada. Esperé a que el proceso continuara como Sofia lo tenía planeado.

Al entrar en la recta final, Hilda decidió apartarse aún más, supuse que estaba agotada de tantos ensayos y de las terapias que Sofia me pedía que hiciera con los candidatos. Según la jefa, el que se quedara como autor fantasma debía adoptar ciertas características más para transmitir de mejor forma las letras en el momento que se requiriera. Sigo sin entender por qué era tan importante ese tema para ella. De todos modos el que iba a seguir escribiendo, algún día, sería yo.

El ejercicio que más disfruté consistió en tocarnos las manos. Al principio fue muy raro, de hecho no sabía si lo estaba inventando o era algo que de verdad nos serviría. Debíamos permanecer sentados frente a frente, en medio de nosotros había un escritorio y de fondo sonaba algo de Miles Davis. Mi única instrucción fue dejar las manos quietas y mirar a los ojos a la persona que estaba frente a mí. La instrucción para el otro fue que debía tocar mis manos como quisiera, la única regla era no perder el contacto visual.

Cuando me tocó hacer esa actividad con Héctor, reafirmé que lo elegiría a él por la calidez con la que al mirarme, tocó cada centímetro de mis manos. Nuestros ojos permanecieron unidos por un magnetismo casi absoluto.

De los cinco candidatos que seguían en la contienda, tuvimos que elegir solamente a tres para la última prueba; dar una conferencia frente a nosotros y a un grupo de personas que contratamos para que sintieran más presión. Exactamente lo que a mí no me interesaba experimentar.

Fuera cual fuera el resultado, la última decisión recaía en mí, bueno,

en la cartera de Sofia también.

Hilda no se presentó a las conferencias, quise hablar con ella para saber qué le estaba pasando, pero ni siquiera me tomaba las llamadas y en la editorial ponía excusas para irse antes. De hecho el día de la votación final solamente fue a dejar su sobre y se marchó.

Transcurrieron casi dos meses desde que se había iniciado el proceso, era momento de votar. El jurado estaba conformado por Sofia, el abogado Sergio, Javier el director de marketing, el sobre de Hilda y yo, que aún no lograba escribir ni un carajo. Al menos pude poner en una hoja “Héctor Estrada” y meterla en el sobre.

El resultado fue casi unánime, cuatro votos para Héctor y uno para Jorge Favela, el candidato que menos había llamado mi atención.

¡No se diga más!, gritó Sofia con la voz llena de alegría, tenemos al ganador indiscutible de esta locura tan maravillosa que acabamos de compartir como sello editorial y familia que somos. ¡Hoy se celebra! ¡Felicidades querido Héctor, estás por publicar tus primeras dos obras literarias!

Todos aplaudimos, incluso los otros dos finalistas abrazaron al que, desde el principio, supe que sería quien iba a representar mis letras.

El corazón me latía como nunca, sentí una especie de júbilo ya que por fin tendría tiempo para tratar de escribir y para recuperar a la maestra Hilda.

Un día después de conocer y felicitar al ganador, Sofía nos contó que la presentación del libro sería en grande, por eso, había movido todas sus influencias y cobrado algunos favores para llevar a cabo el evento. *Aunque no lo crean, queridos, esta editorial echará la casa por la ventana dentro de un mes exactamente. El próximo 27 de agosto, Poesía en Los Andes y Héctor Estrada, saldrán a la luz ni más ni menos que en Bellas Artes.* Nos dijo en la sala de juntas.

Todos aplaudieron y festejaron como si México hubiera ganado la copa del mundo, a mí me entró una melancolía que no había experimentado en todo el tiempo que llevábamos esperando este momento. Sentí nostalgia al escuchar el nombre de mi primer libro seguido del de Héctor, quien sonreía y le agradecía a Sofía por la oportunidad.

Qué afortunado, pensé, y claro que me daba gusto, pues era un trabajo en conjunto. Además de la felicitación y de las actividades previas, la comunicación entre Héctor y yo había sido casi nula. Ni él se acercaba a mí, ni yo tenía interés en hablarle; no sentí que fuera necesario pues, a veces, llevar una relación cordial de trabajo es sinónimo de distancia. En tanto se dedique a lo suyo y yo a lo mío, Sofía y la editorial estarán contentos. Sin embargo, ese mismo día, cuando ya nos íbamos, se acercó para darme una vez más las gracias y para invitarme una cerveza.

Al principio sentí que sería una mala idea debido a mi concepto de relación laboral. Yo lo único que quería era ver a Hilda, pero no me quedó de otra, así que acepté tomar esa cerveza.

—Aquí a dos cuadras hay un restaurante a todo dar, ¿te apetece ir?
—preguntó Héctor.

—Con todo gusto —le respondí.

Después de escucharlo agradecerme por enésima ocasión, entendí que era la persona indicada para representarme. Noté que era un buen ser humano, de esos que son cálidos en el trato y buenos de corazón. Por eso, luego de la tercer cerveza me abrí un poco más.

Sabes Héctor, le dije en lo que brindábamos con un chingo de gusto. El siguiente libro trae más pasión que ninguna otra cosa que haya escrito en mi

vida. Me dará orgullo que seas tú quien lo presente pues trae todo mi corazón en esas páginas.

—¿Sobre qué trata, Rubén? —me preguntó.

No comas ansias, querido compañero, le respondí. Es muy probable que tú seas la primera persona en leerlo, incluso antes de que Sofía y su séquito le den la última pulida. No te lo había dicho antes porque hasta este momento lo estoy sintiendo, pero te quiero dar las gracias. Eres tú quien será el receptor de las miradas y de los comentarios, así que te agradezco por tomar este rol. Sé que no será sencillo, pero me cae de madre que lo vamos a disfrutar.

Una vez más brindamos y el ambiente cambió, por fin estábamos en confianza. Desde ese instante, algo nuevo surgió entre Héctor y yo.

—Eso era básicamente lo que querías saber, ¿no es así, Amelia?

—¡Sí!, pero no me vas a dejar hasta ahí, ¿cierto?

—Pues ya te conté cómo llegó a mi vida Héctor y además te expliqué todo el proceso que vivimos para poder, un día, sentarnos a tomar algunas cervezas.

—Aún no me cuentas qué pasó con Hilda.

—Bueno, pero pidamos otra ronda —le dije.

Es curioso, pero ese día, después de la quinta cerveza, Héctor me dijo algo que cambió mi vida por completo. Le conté un poco sobre el mal de amores que estaba viviendo, omití nombres y detalles para evitar chismes de trabajo. De hecho cambié completamente la historia. Lo importante fue su respuesta, que tal vez haya sido provocada por la alta ingesta de cebada, yo qué sé.

Mira campeón, me dijo, no te conozco y aunque eres un gran escritor, estás por pasar los cuarenta años. No te has casado, no tienes hijos y ni siquiera fuiste capaz de afrontar la fama o el fracaso que tus letras habrán de traer. No te digo esto de mala fe, es lo que percibo. Puedo estar equivocado, pero si de verdad amas tanto a esa mujer menor que tú como dices, olvida que tiene hijos y lo de su ex marido. Atrévete a mirarla a la cara y decirle todo lo que sientes. ¿Qué pasa si mañana es tu último día de vida? ¿Quieres quedarte con todo eso guardado? En vez de que escribas otros tres libros, vive eso que sientes y no tengas miedo. Tus letras son una luz en el camino. Tomé esta oportunidad después de leer un poco de tu trabajo porque tus poemas llevan

una magia especial que hace muchísimo tiempo no leía. Anímate y habla con ella, dile la verdad de lo que sientes y no te preocupes por el resultado. ¡Qué chingados, mi Rubén, aplica eso que escribes!

—Tienes razón, mañana mismo hablaré con ella, pero hoy, tú invitas la siguiente ronda, compañero.

La plática con Héctor me dejó lleno de una seguridad que había extraviado los últimos dos meses. Todo lo que dijo era cierto y, en el fondo, siempre fui consciente de ello.

Al siguiente día perseguí por toda la editorial a Hilda y le pedí que me regalara cinco minutos. Nos escondimos en el cuarto de las copias y ahí, mirándola a los ojos le dije todo lo que sentía.

Hilda, ya no aguanto más esta situación. Eres la mujer más increíble con la que he cruzado caminos. Tu sencillez, tu manera épica de vivir la vida incluso dentro de un matrimonio que no te da la pasión que tu alma desea. Eres demasiado bella, tienes un cuerpo que refleja sabiduría y genera una energía que quiero hacer mía todos los días hasta que me canse de decirte lo hermosa que eres. Quisiera prestarte mis ojos para que por un momento observes lo que más amo en la vida; para que te mires a ti misma.

Y qué decir de tu mirada si cada que conectamos se me ilumina el alma; me he visto reflejado en tus pupilas cientos de veces y es ahí donde anhelo quedarme para siempre. Quiero ser paz que inunde tu alma, esa alegría que te despierte en las mañanas y la emoción que te llene el cuerpo cuando la distancia nos aceche.

Sentí algo increíble cuando tocaste mi pierna en el restaurante. De no ser porque Sofia estaba ahí, te habría arrancado el vestido a besos y te hubiera hecho el amor sobre la mesa. Estoy enamorado de ti, Hilda, y no me importa nada más, ni siquiera que me correspondas, porque en todo caso, serás tú quien se reprima. Yo ya lo hice durante dos meses y es suficiente, he llegado a mi límite.

Al terminar mi corta pero sustanciosa declaración de amor, fue como si me hubiera quitado un enorme peso de encima, de alguna forma liberé toda la tensión que había guardado los últimos meses. Y como dicen algunos, ¿quieres hacer reír a Dios?, cuéntale tus planes. Estoy seguro de haberle provocado una gran carcajada, pues la respuesta de Hilda fue todo, menos lo que yo esperaba.

No es por ti, Rubén, me dijo, lo hago por mí. No me gustaría meterte en

problemas con la editorial. Debo confesar que yo también siento algo increíble, el tiempo que estuvimos juntos era mágico. Los minutos pasaban más lento, de hecho había días en los que las horas dejaban de existir cuando estaba a tu lado. Además de la editorial y los problemas que podrían surgir con Sofía, estoy casada, Rubén, desde hace más de treinta años. Ni a ti, ni a él puedo hacerles esto, ¿dónde quedaría mi reputación? Por eso decidí alejarme de ti, pero si de algo te sirve, me encantaría haberte conocido en otro momento de la vida, uno más simple en donde las cosas se dieran sin tantos obstáculos.

Cállate y bésame maldita sea, fue lo único que pude pensar mientras escuchaba sus justificaciones estúpidas sobre cómo atrevernos a experimentar lo que ambos deseábamos desde hacía meses, afectaría mi desarrollo profesional. Quería besarla hasta por debajo de los pretextos y de todas sus inseguridades, pero preferí quedarme quieto y escucharla.

Cuando terminó aquel discurso sin sentido, tomé unas hojas de la fotocopidora que estaba al fondo del cuarto y, por fin, después de dos meses, mi pluma corrió como un maratonista enchufado con las ansias de ganarle a toda costa a su propio tiempo. Ella se percató de esto y, al verme escribir, me dejó solo.

¿Quién es lo suficientemente humano para decirle a la mujer que desea: "No te preocupes, tú sigue con tu matrimonio infeliz, yo aquí me quedo de lejos viendo cómo se te notan las ganas de estar conmigo, de perderte entre mis labios y redescubrir lo que eres como mujer cuando expresas tus más profundos deseos"?

Quizás, todo sea una proyección mía, pensé entre cambio de hojas, pues el que la deseaba era yo, pero las señales eran claras. El titubeo de sus palabras cuando la tenía cerca y la mirada iluminada que reflejaba cuando nos perdíamos unos segundos entre palabras sin sentido que conectaban con algo más profundo.

Ese día me sentí en otra frecuencia, estuve sentado en el mismo lugar escribiendo durante tres horas, incluso llegó el punto en el que me dio un calambre en la mano.

Dos capítulos nuevos surgieron gracias a las justificaciones sin sustento que escuché de Hilda. Por un lado la entendía, no es fácil hacer a un lado el deber ser que mantiene hacia su matrimonio, y es algo que respeto pues habla de los valores que tiene como mujer, integridad personal podría llamarle, pero, ¿de qué carajo sirve esa firmeza cuando lo que anhela por

dentro es estar conmigo? No tiene sentido, me dije a mi mismo, puse punto final a mi pequeña explosión de letras que tanto necesitaba, tomé mis cosas y salí de la editorial, sin siquiera despedirme.

Decidí recorrer un cachito de Reforma y me senté en una de esas bancas viejas e incómodas que rodean el Ángel de la Independencia.

Al mirar esa obra tan perfecta, me invadió la necesidad de gritar pues, para mí, el amor que nace en ti, es para ti, es tuyo y de nadie más. Hay momentos en que podemos repartirlo, regarlo para toda la humanidad de ser necesario. Ese amor interno, se quedará para siempre, continuará incluso después de haber dejado el cuerpo, ya que es el único tipo de amor que será constante y eterno; es por sí mismo la mayor expresión que hay en la vida.

Tenía ganas de mirar a los ojos a Hilda y decirle que el amor no es una obligación que cumples dentro de un matrimonio viejo y obsoleto, donde la pasión es reprimida por el intelecto y por el maldito qué dirán.

Sin embargo, me quedé como el Ángel de la Independencia, mirando hacia el firmamento, lleno de ilusiones por tenerla cerca. Deseaba quitarle el miedo mientras ella me despojaba las ansias del cuerpo y, a la vez, darnos la oportunidad de no lastimarnos, de jugar a que la vida era simple y natural. Quería que me reprochara cosas banales para terminar haciendo el amor en su escritorio, entregándome a la vida junto a ella tal y como soy.

—Ay, ¡pinche vieja! —exclamó Amelia— Me tiene harta con su indecisión.

—Esa es una de las cosas que más me encantaron de ella.

—¿Cómo podría gustarte alguien que no sabe lo que quiere?

—Sí lo sabía, simplemente no se atrevía a vivir esa experiencia y eso era lo que me mantenía con la ilusión de amanecer un día junto a ella y observar el reflejo del sol en sus pupilas.

—Ojalá algún día alguien me quiera tanto como tú a Hilda, Rubén. De verdad qué valor el tuyo.

—No sé si sea valor —le respondí—, pero el futuro no existía cuando estaba a su lado, por eso la deseaba tanto.

Faltaban dos semanas para la presentación del libro en Bellas Artes, continué contándole a Amelia, la editorial estaba más tranquila que nunca y mi pluma se había convertido en Usain Bolt, el mejor y más rápido atleta de todos los tiempos. Escribí durante cinco días seguidos lo que sería el final de mi

segundo libro. Y como se lo prometí a Héctor, fue el primero en saberlo.

—No lo puedo creer, Rubén, todavía ni presentamos el primero y ya terminaste el segundo. ¿Cómo lo haces?

—Siempre ha sido así, Héctor, no sabría cómo explicarte. Cuando me siento frente a una computadora, frente a mi libreta o frente a una servilleta, las letras se presentan solas, es como si ya estuvieran ahí y mi única función fuera la de darles color.

—¿Te importa si anoto lo que acabas de decir? —me preguntó— quizás me sirva para alguna entrevista.

—Por supuesto, compañero. Cualquier día, a la hora que sea, en tanto se refiera a los libros, estaré para lo que necesites.

—Muchas gracias, campeón, de igual manera podrás contar conmigo.

—Quiero preguntarte algo, Héctor —le dije con franqueza.

—Lo que necesites.

—¿Cómo te enteraste de que estábamos buscando un autor fantasma?

—No tenía idea, campeón. Un día me llamó Sofía por teléfono y me...

—¿O sea que ya se conocían? Perdón que te interrumpa.

—Desde antes de que tú nacieras. Sofía es mi prima.

—Vaya, no tenía idea.

—Por eso no lo mencionamos antes, de hecho no mencioné nada de mi vida privada para no entorpecer el proceso.

—Aunque hubieras dicho misa, habrías ganado, compañero. Supe que serías tú desde que me senté frente a los cinco finalistas.

—Gracias, Rubén. Significa mucho que lo digas.

Ese día le conté a Héctor sobre la hazaña que realicé al expresarle a mi amada lo que realmente sentía, estábamos brindando en el mismo restaurante y ahí le expliqué que su idea había funcionado. Gracias a eso pude terminar el segundo libro, le dije, espero que lo disfrutes, compañero, pues nunca antes me había entregado tanto a un único texto. Fue mágico dejarme llevar por pensamientos que se convirtieron en vivencias y después en letras. Si algún día te preguntan de dónde salió todo eso, diles la verdad. Cuéntales que son vivencias acompañadas de sutiles rimas acomodadas en forma de poemas.

¿Quién diría que una plática nuestra en este mismo sitio me iba a

permitir alcanzar esos niveles de franqueza? Ahora el que te debe dar las gracias soy yo, compañero. Atreverme a ser honesto no sólo me liberó por dentro, sino que fui capaz de relajarme y comprender que era ella quien tenía miedo de entregarse al momento, no yo.

Quiero contarte una historia, si me lo permites.

—Adelante, campeón, yo encantado de escucharte.

Cuando tenía treinta y tres años estaba atravesando una de las peores crisis de mi vida. Trabajaba en la redacción de un periódico donde la paga era buena pero los horarios no me permitían hacer otra cosa. Yo quería algo más, soñaba con trabajar en una gran editorial donde las letras que salen del corazón fueran lo más importante, no en un lugar donde unas cuantas noticias amarillistas o comunicados gubernamentales preparados fueran lo importante.

La verdad es que en esa época el dinero era lo que motivaba mi decisión de seguir en el periódico sintiéndome miserable, pero cobrando cada quince días el fruto de mi empeño. En la cultura mexicana es muy fácil crecer sin apegarte a tus sueños, mucha gente se empeña en recordarte que como escritor, como pintor o como cualquier tipo de artista, te vas a morir de hambre, y ese pensamiento colectivo proviene de la represión a la que nosotros mismos nos hemos sometido; bueno, eso lo descubrí muchos años después, pero si alguien hubiera alimentado esa pasión en mí desde pequeño, ya estaríamos cerca del sexto libro.

En fin, en aquella época tenía una novia mayor que yo a quien económicamente le iba mejor, de ahí mis ganas de superarme, quería darle todo lo que se merecía, aunque prácticamente eso hiciera que me olvidara de mí. A veces prefería usar algo de la quincena para llevarla de viaje o para pagar un buen restaurante, pese a que mis zapatos ya necesitaban una compostura. Hice todo por ser una mejor persona; pero el trabajo que detestaba me hizo explotar por dentro. Mandé todo a la chingada el día que me tocó redactar una noticia sobre los nuevos programas sociales que el gobierno estaba por presentar.

Mi jefe me entregó el texto que debía transcribir, ni una letra más. Hasta la fecha no sé qué carajo se apoderó de mí, pero antes de que se diera la vuelta, tomé las hojas membretadas que me entregó, las hice bolita y se las aventé en la cara. ¡Vaya usted a transcribirle a su chingada madre toda esta falacia!, le dije, tomé mi saco y le pedí que no me corriera, pues yo estaba

renunciando.

Salí renovado del periódico y con la firme convicción de hacer de mis letras lo más importante; desafortunadamente, un mes después de probar suerte de manera independiente, me quedé sin dinero, sin novia y sin ganas de seguir con aquel sueño.

Me costó otro empleo y otra relación darme cuenta de que lo más importante estaba dentro de mí, en ese espacio donde redactar lo que siento se convierte en mi realidad presente.

Hoy me da gusto hablar de estas cosas porque gracias a lo que he vivido, soy quien soy. Gracias a cada tropiezo que he experimentado, mi vida se ha llenado de gratos momentos, como el de poder compartir contigo estas cervezas ahora que por fin publicaré mi primer libro.

Nunca imaginé que sería de esta manera, pero siempre tuve claro que mi identidad permanecería anónima. Y mira, gracias ti se va a cumplir.

Así que disfruta mi segunda obra, compañero, pues tú eres una parte significativa de que haya alcanzado esa valentía de exponerme tal y como soy.

Por otro lado, le dije a Amelia, las cosas con Hilda estaban en un punto crítico, al menos para mí. Dentro de todo lo sucedido, tuvo la valentía de invitarme a cenar un día antes de la presentación del libro; deseaba explicarme con más calma lo que sentía, y así lo hizo.

Fuimos al restaurante de un hotel carísimo en Reforma, donde tienes que comerte cinco platos para llenarte pues las porciones son mínimas. Antes de que Hilda volviera a mencionar algo sobre mi futuro desarrollo profesional, le pedí que me escuchara.

Dices que llevas más de treinta años casada, pero yo llegué hace veinte a tu vida, cuando eras mi maestra, le dije cuando trajeron la primer champaña rosada que tanto le gustaba, cortesía de la editorial, pues me acababan de dar mi primera tarjeta corporativa. Desde ese entonces, tenía un trato preferencial en clase, recuerdo haber pasado algunos exámenes sin presentarme a ellos. O el semestre en el que excedí las faltas por estar trabajando y aún así permitiste que hiciera el trabajo final. Siempre alentabas mis ganas de crear contenido; no creas que se me ha olvidado. Y aunque eso no justifica un carajo de lo que siento hoy en día por ti, quería mencionarlo para sentir el tiempo un poco más equilibrado con tu marido. No llegué a tu vida hace tres meses, Hilda, he estado aquí desde hace muchos años.

Lo sé Rubén, respondió con un tono muy suelto. Se notaba mucho más tranquila que el día en que hablamos en el cuarto de las copias, de hecho sonreía y, por fin, el vestido negro ajustado había vuelto.

Si para mí fuera tan sencillo, como para ti que eres soltero desde hace no sé cuántos años, recalco la maestra Hilda, créeme que no estaríamos cenando; ya habríamos alquilado una habitación de este hotel y te estaría prestando mis manos para que me deshicieras por dentro, pero nuestras circunstancias son otras, Rubén. Hice un voto sagrado el día de mi boda y pienso respetarlo.

Esa es una de las cosas que más adoro de ti, Hilda, que seas responsable y honesta; sin embargo, me gustaría saber ¿de qué te sirve tanta rectitud cuando tu deseo te pide a gritos estar conmigo?

Me sirve porque toda regla en esta vida fue creada para romperse, Rubén, pero tengo miedo. No quiero hacerte creer que voy a dejar a mi marido, porque no lo haré.

Qué bien que lo aclares, pues en ningún momento te he pedido eso, Hilda, por mí sigue fingiendo que eres feliz con él. Tampoco te pido que me ames, eso lo puedo hacer yo solo; te pido que seas quien eres cuando estés conmigo. Te pido que rías, te pido que llores, que corras, que me compartas un poco de ti, de tus emociones, de tus ideas y por qué no, hasta de tu cuerpo.

No te pido que te quedes, tampoco que te vayas, sólo permíteme ver todo lo que eres, así, al natural, sin pretensiones y sin máscaras, con la sinceridad bien puesta. No te pido algo que cualquier hombre pediría, pues no pretendo que seas mía, tampoco que renuncies a tus ideales de vida, al contrario, mientras tenga la oportunidad quiero disfrutar de tu esencia, mirarte a los ojos como nadie jamás lo haría, leer tu cuerpo con las manos y abrazar tu alma con la mía.

No te pido nada y a la vez te pido todo, con la clara idea de que quien habita mi cuerpo te dará todo, así, al natural.

Maldita sea, Rubén, hasta cuando hablas parece que estás escribiendo. Tienes dos minutos para pagar la cuenta y pedirle al gerente que nos dé una habitación.

Hilda, por favor no juegues con mis sentimientos, le dije a la maestra cuando estábamos en el elevador. Ella volteó a verme y me pidió que disfrutara el momento. *No pidas nada, Rubén, estamos juntos en esto*, me dijo. Acto seguido nos tomamos de la mano y caminamos hacia la habitación

1627, donde la vista era espectacular, podíamos ver todo el Valle de México.

Ahí, parado frente a la ventana, me quedé unos minutos admirando lo hermoso de la ciudad que me vio crecer hasta el punto de cumplir uno de mis mayores sueños, pasar la noche con la mujer de la que había estado enamorado durante tanto tiempo.

Sin más preámbulo, Hilda se quitó el vestido negro entallado y para mi asombro, no llevaba nada debajo. Estaba completamente desnuda frente a mí. Tomé asiento y aprecié aquella obra de arte. Como en un atardecer de Zipolite quedé pasmado con su belleza física. Sesenta años de pura experiencia invitándome a fundirnos con delicadeza.

Fue un momento mágico. Hilda se sentó frente a mí, abrió las piernas y comenzó a acariciar cada parte de su cuerpo con un amor profundo. Yo seguía observando la mejor exposición de arte que jamás hubiese imaginado, pero en movimiento, uno que era interno, pues se estaba entregando a ella misma. Aun estando a tres metros de distancia, nuestros ojos permanecieron conectados todo el tiempo.

Escuchar sus gemidos mientras el auto placer la llenaba por cada espacio de su ser me quitó las ideas de la cabeza y acudí al llamado de nuestras pasiones. Me desnudé a un metro de ella, puse las rodillas sobre el piso y me adentré en ese espacio divino que tanto había deseado. Sin detenernos ni un segundo logramos sincronizar nuestra respiración; de fondo sentía el resplandor de las luces artificiales de la ciudad, y por un lapso de tiempo y espacio nos hicimos uno, solamente nos dirigía el latido de nuestros corazones.

Vibre sobre ella, nos unimos en el mismo instante donde todo fue más que perfecto.

Al terminar el encuentro de cuerpos, Hilda se quedó recostada a mi lado y, sin razón alguna, comenzó a reírse. No puedo creer que estaba perdiéndome de esta maravilla, me dijo, de haber sabido que sería algo tan magnífico, te habría pedido que me llevaras a cenar hace muchísimos años.

Desafortunadamente, todo inicio tiene un final, y ella nos regresó a la realidad de la manera más simple que pudo.

—Son casi las dos de la madrugada, Rubén, tengo que regresar a casa.

—No te preocupes, nos vestimos y te llevo —le respondí.

Como ya era tarde, Hilda me pidió que la dejara en la esquina de su hogar para no levantar sospechas; de todas formas me fijé en qué casa entraba.

Estaba más feliz que nunca, por fin todo marchaba en orden. Acababa de pasar la noche con Hilda y mi libro sería presentado al siguiente día en Bellas Artes, no podía pedir nada más. Bueno, pedir no, pero sí dar.

—Rubén, ¿por qué siento que la regaste completita? —me preguntó Amelia.

—¿Qué comes que adivinas? —le respondí.

Mira, Amelia, la filosofía de vida que decidí adoptar cuando regresé de Chile, dicta que los errores no existen, ¿cómo podríamos equivocarnos en algo si somos nosotros quienes creamos nuestras circunstancias?

Por eso, con la misma decisión, regresé a su casa y toqué el timbre tres veces sin importarme que fuera de madrugada.

El corazón me latía a mil por hora y sentí un cosquilleo en el estómago; más que mariposas, parecía una parvada de aves. Pasaron menos de treinta segundos cuando noté que se encendía una luz por la parte de adentro. Mi corazón latió más fuerte.

—¿Héctor?! ¿Qué chingados haces aquí? —le pregunté cuando abrió la puerta.

—Ah caray, pues aquí vivo, Rubén. ¿Qué pasa, estás bien? ¿Hay algún problema con la presentación del libro? Son casi las tres de la madrugada y tenemos que estar a las ocho en Bellas Artes.

No respondí, me quedé en silencio mirando a Héctor Estrada parado frente a mí en la misma puerta donde media hora antes había entrado Hilda.

—Te ves pálido, campeón, pasa y siéntate en el sillón. Seguro estás nervioso, voy a prepararte un té.

Antes de que Héctor volviera con el té, salí corriendo, subí a mi auto con la cabeza en blanco, prendí el estéreo, puse la música a todo volumen y conduje.

No grité, no lloré, no hice nada más que dirigirme a un parque donde tomé asiento en la primer banca que encontré, saqué mi libreta y comencé a escribir sin parar. Estuve ahí hasta que dieron las seis de la mañana. Mi pluma se detuvo cuando comenzó a sonar el hermoso canto de los pajarillos. En algún punto pude, incluso, escuchar mis latidos y hubo un silencio profundo. Sólo existía ese instante, no había nada en mi mente. Nada de presentaciones, ni amores con fecha de caducidad llenos de necesidades. Me rodeaban los árboles danzando al ritmo que el viento les tocaba y las ardillas buscando alimento. Quizás era un paisaje que había visto cientos de veces, pero por

primera vez pude sentirlo con el corazón y con la pluma en mi mano.

Claro, dijo Amelia, ahora entiendo por qué hubo un voto por el tal Favela ese y por qué se alejó tanto de ti, desde que Héctor apareció en la editorial. Nada tonta esa maestra.

Desde la tercer fila, en el asiento número doce de una banca en Bellas Artes, fui testigo de la presentación de mi primer libro, en lo que Héctor leía el discurso que Sofía había preparado; preferí escribir en medio de la misma. Y es que, sinceramente, le dije a Amelia, no tenía ganas de escuchar un discurso que podía ser todo, menos honesto. Claro que él no tenía la culpa de que Sofía fuera tan meticulosa, supongo que lo ensayaron juntos hasta el cansancio. Por eso abrí mi libreta y comencé lo que se convertiría en mi tercer libro.

—¿En ese vas a escribir sobre mí? —preguntó Amelia.

—Es muy probable que aparezcas —le respondí— aunque ya estoy por terminarlo.

Todo iba bien con el balbuceo que escuchaba de fondo hasta que pude apreciar cómo subía Hilda al escenario. Ahí cerré la libreta y puse atención.

Con todo el cariño del mundo te dedico este libro, amada mía, gracias por compartir a mi lado treinta y dos gloriosos años de matrimonio. Fueron las palabras que eligió Héctor para finalizar su discurso.

Amelia, después de escuchar aquella barbarie te juro que fui el primero en aplaudir; lo hice con toda el alma. Me puse de pie y cuando la multitud hizo lo mismo, salí del bello recinto que, seguramente, le había salido en un ojo de la cara a la editorial.

Al salir de la gala, caminé sin rumbo por los alrededores de Bellas Artes, quería olvidar la falacia de la que había sido testigo. Supongo que son ese tipo de escenas las que aumentan las ventas, por eso mi intención jamás fue aparecer frente a una cámara o frente a un público determinado. Quién diría que un lugar tan hermoso podía estar rodeado de calles tan lastimadas y maltratadas por los años, la codicia gubernamental y la decadencia de nuestros tiempos.

Paré en una miscelánea para comprar una cerveza que planeaba tomar en el camino a casa; pero en la esquina, dos fulanos se me acercaron. Mi reacción fue ofrecerles un trago ya que de alguna forma estaba traspasando su

territorio, sin embargo, querían algo más.

Para su mala suerte, no sólo venían tomados, lo que los convertía en un blanco fácil, sino que yo estaba muy motivado por lo que acababa de ver en la presentación del libro, así que puse mi cerveza en el suelo, me quité el saco y como si fuera Julio Cesar Chávez, alcé la guardia.

El primero, cayó al piso cuando conecté en su rostro un par de *jabs*, ni siquiera le di oportunidad alguna de prepararse. El segundo tenía más práctica callejera, era uno de esos tipos que bailan y se escurren entre pasos predecibles. De igual forma logró conectarme dos buenos catorrazos, uno lo sentí cerca de la cien y el otro en el estómago. Tuve que patearlo para que se alejara un poco y así recuperar la guardia. Como por arte de magia, apareció frente a mí la imagen de Héctor dedicándole mi libro a Hilda. Le habré dado una ráfaga de golpes al pobre borracho, quien después de recibirlos con una total entereza, tomó a su compadre del suelo y, cargándolo, partieron.

Antes de regresar a casa recogí mi saco, me senté junto a la cerveza que había resultado intacta y la terminé de un sólo trago. Aplastado en una calle oscura de la colonia Guerrero, pude sentir las gotas de sangre que comenzaban a escurrir de mi ceja derecha, me recosté en el piso, miré al cielo y como en una novela barata de las que producen las televisoras de antaño, comenzó a llover. No hice nada, me quedé sintiendo la energía que corría por mi cuerpo, la hinchazón de mis nudillos y las gotas de agua que poco a poco caían sobre mí.

Como Sofía lo predijo, *Poesía en Los Andes* rompió record de ventas. De la noche a la mañana, Héctor se convirtió en un ícono. *Best selling author*, decía en el perfil de sus redes sociales; incluso contaba con un equipo mediático. La editorial era una locura, todos corrían de arriba abajo cuando él llegaba de visita. Yo seguía ocupando el cuarto de copias para darle rienda suelta a mi imaginación; a veces me visitaba para darme las gracias por permitirle vivir esa experiencia tan enriquecedora, según él.

En una ocasión, se sentó junto a mí y me dijo que extrañaba nuestros días de tomar cerveza y hablar sobre mujeres. Quería saber cómo iba mi relación con la mujer de la que estaba enamorado. Estuve tentado a contarle, deseaba presumirle que mientras él se vanagloriaba en radio y televisión con mi libro, su esposa gemía cuando le hacía el amor frente al espejo de aquel hotel caro en Reforma. Sin embargo, preferí contarle alguna trivialidad sin

sentido y cambié de tema.

Mi asombro llegó ese mismo jueves cuando vi a Hilda en la habitación de siempre, la 1627. Al llegar y besarla con toda la pasión que existía en mi cuerpo, le conté que esa tarde había platicado con su marido, y que de algún modo me sentía incómodo de mentirle en la cara cuando conversábamos.

—Rubén, no sé qué idea tengas de mí, pero Héctor sabe perfecto de lo nuestro —dijo Hilda.

—¿De qué carajo hablas? —le pregunté.

—El día que llegaste como desesperado a mi casa y te abrió la puerta, tuve que contarle la verdad.

—No lo puedo creer, entonces todo este tiempo ha sabido sobre nosotros? ¿Y por qué no dice nada?

—Es feliz de que llenes los espacios que me hacen falta, Rubén. Está de acuerdo.

—Pensé que sentías algo por mí, no creí que solamente fuera un pequeño aliciente que te permite regresar a tu cama y dormir como bebé.

—Por favor no hagas de esto un problema, somos lo suficientemente maduros para llevar una relación de esta altura. Tú no has parado de escribir, Héctor es feliz haciéndose pasar por ti, y yo, hace años que no sentía esta vitalidad en el cuerpo.

—Por qué no me habías dicho que ya lo sabía. ¿Cómo es que yo debo estar de acuerdo? Suficiente tengo con verlo en la editorial y fingir que tengo otra relación.

—¿La señora con dos hijos?

—Maldita sea, ¿te contó? ¿Acaso piensas que esto es un juego, Hilda? Creo que no alcanzas a comprender lo que siento por ti.

—Claro que lo comprendo, por eso sigo escapándome cada martes y jueves para verte.

—Deja de ser escape cuando el gordo de tu marido sabe dónde y con quién estás. Nada de esto tiene sentido.

—¿Qué? ¿Por el simple hecho de que él esté de acuerdo vas a terminar con lo que hemos vivido estos últimos tres meses?

—Así es.

—Por dios, Rubén, no seas infantil. El libro alcanzó el millón de ventas, ya terminaste de escribir *Abrázame cuando amanezca*, y estás a la

mitad de tu tercer libro. Por si fuera poco, arriesgué mi matrimonio para estar contigo y ahora que lo podemos hacer sin ningún problema, ¿te vas a hacer el ofendido?

—Hilda, si esto se hubiera tratado de formar una familia disfuncional, yo mismo habría ido a plantarle cara a Héctor, pero no es así. Te amo, carajo, y si por mí fuera, te pediría matrimonio cien veces. No entiendo qué haces con alguien que no te hace vibrar en la cama.

—Tal vez no exista química sexual con Héctor, pero lleva más de treinta años a mi lado en las buenas y en las malas. No todo es ver cómo me masturbo. Tú y yo solamente llevamos unos meses compartiendo la misma cama, deberías respetar mis sentimientos.

—Tienes razón, Hilda. Por eso es mejor que continúes tu rutina, tus pláticas existenciales y los té a las tres de la madrugada con aquel que te quiere como a una amiga. Yo no puedo darte una monotonía calculada. Lo siento.

Hasta José Alfredo Jiménez se cansó de rogarle. Imagino que, como yo, se agotó de hacer un esfuerzo mayor al de la otra persona y de entregar todo sin medida para recibir a cuenta gotas. Luego de tener mi última conversación con la maestra, salí del hotel y como ya era una costumbre, caminé por Reforma hasta llegar a la banca donde siempre me sentaba para apreciar el Ángel de la Independencia. Esa vez no escribí ni una sola letra. Tan sólo pude observar cómo pasaban los autos y miraba a las personas que caminaban por ahí. Tomé el celular, llamé a la agencia de viajes de mi primo y le pedí que me comprara un boleto de avión a Oaxaca, solamente de ida.

—Te tengo que interrumpir otra vez, Rubén. Es que, perdóname que te lo diga así, pero, ¿hasta cuándo vas a saltar de empleo en empleo y de relación en relación? ¿Hasta cuándo te vas a olvidar de esa vieja? —me dijo Amelia.

Es por eso que estoy aquí, le respondí, ya no quiero saber más de Hilda y de sus riesgos calculados. Me rehúso a verla paseando por mi mente como si fuera la dueña del lugar. El empleo, ese ya no me importa, el libro es un éxito y ya están programando la segunda presentación. De hecho, llevo un mes recorriendo todo el estado, curiosamente paré en esta zona por tiempo indefinido y, además de tener todo el día para escribir, he conocido a una linda mujer que no ha hecho otra cosa más que preguntas. Así que sí, querida Amelia, sí soy escritor y aunque no me conocías, pero ya me habías leído, ha

sido un placer enorme contarte mi breve, pero feliz historia.

Muchas gracias por contármela, Rubén, dijo Amelia, pero ya nos están corriendo de aquí. ¿Quieres ir a otro lado?

—Con una condición —le respondí.

—¿Cuál?

—Que el resto de la noche dejemos de hablar del pasado y nos centremos en que estamos compartiendo este instante juntos. ¿Te parece?

—Que así sea.

Primero que nada pedimos la cuenta y como si todo estuviera alineado, el italiano que nos recibió cuando llegamos, se acercó y nos dijo que nuestra cuenta estaba cubierta. Al parecer estábamos de suerte pues el restaurante acababa de atender un millón de clientes desde que lo abrieron, esos éramos nosotros. Le agradecí al italiano con una propina bastante considerable.

Al salir de aquél lugar guardamos silencio durante algunos minutos, cada quien iba reflexionando sobre cosas distintas, o al menos yo lo hacía. Algo en mi interior pedía gritos que siguiera compartiendo con ella. ¿Sabes de qué tengo ganas?, dijo Amelia mientras caminábamos por la banquetta, desearía entrar a un lugar desconocido y perderme como nunca antes. No con alcohol, sino bailando en medio de la pista contigo a mi lado.

—Es justo en lo que estaba pensando —le respondí— pero, ¿qué te parece si en lugar de perder el tiempo en un bar, compramos algo de tomar y vamos a la playa?

—Por favor —respondió.

Después de comprar un par de cervezas bien frías que abrimos de inmediato, nos percatamos que más adelante había una boda. Amelia se dispuso, sin duda alguna, a entrar a la misma. No íbamos vestidos para la ocasión, pero al llegar a la cuerda que fungía como entrada, dos hermosas mujeres disfrazadas de hindúes nos recibieron de la mejor manera. *Bienvenidos a la boda de Diego y Tania*, mencionó una de ellas. *Pasen y tomen lo que más les apetezca, de aquel lado hay una carpa roja donde encontrarán lugares para sentarse, ¡maje karo!*

No entendí lo que quiso decir al final, pero nos dejaron pasar sin problema alguno. Amelia tenía una sonrisa que me alegró aún más la noche.

Llegamos justo cuando el tal Diego terminaba de dar un discurso, posteriormente se acercó a la esposa para colocarle un rubí en la frente, tomó su mano y la llevó al centro de la pista.

De pronto se apagaron las luces y comenzaron a salir bailarinas hindúes de entre las mesas. Llevaban un pantalón holgado color rojo con pequeñas incrustaciones doradas y una blusa del mismo color que sólo cubría una parte del pecho. Todas llevaban tapado medio rostro, solamente era posible ver sus ojos.

La pareja fue rodeada por aquellas hermosas mujeres, avanzaban a paso lento, de manera sigilosa. Sin prisa. Traían en las manos una especie de listón dorado que agitaban de lado a lado, por un momento pensé que harían algún tipo de ritual. Todas llevaban los pies descalzos y, en sus cinturas, colgaban pequeñas monedas doradas. Iban coordinadas y hacían movimientos extraños con las manos alrededor de ellos. Agitaban los listones largos y danzaban al ritmo de la música que poco a poco comenzaba a sonar.

Diego se arrodilló ante Tania mientras cuatro bailarinas se separaban del escenario y se acercaban a distintas mesas. Las primeras dos se pusieron detrás de los que parecían ser los padres de ella, las otras dos hicieron lo mismo con los que serían los padres de él, supuse.

Las bailarinas que quedaban en la pista entrelazaron sus listones y comenzaron a girar lentamente alrededor de la pareja. Una luz tenue y de color rojizo los iluminaba. Algunos invitados, y uno que otro colado como nosotros, permanecimos en silencio, otros aplaudían al ritmo de la música, pero todos observábamos con detenimiento. El resto de bailarinas que estaban dispersas en las mesas hicieron algo parecido, tomaron sus listones y los giraron sobre las cabezas de los padres.

Diego tomó de las manos a Tania, se abrazaron y por un momento se convirtieron en uno mismo. Corazón con corazón, cuerpo con cuerpo y alma con alma danzaban al compás de la existencia. Antes de finalizar la canción, todas las bailarinas regresaron a la pista. Tomaron sus posiciones cerca de la pareja, se agacharon para rendir pleitesía e introdujeron sus manos en las bolsas del pantalón. En cuestión de segundos la sincronización fue perfecta. La pareja se besó en la última nota en lo que las bailarinas arrojaban sobre ellos mirra en polvo. Cada una tomó el listón de la que estaba a su derecha y corrieron nuevamente alrededor de ellos. Al encenderse las luces todas se desvanecieron en el suelo.

Aplausos, gritos y más aplausos. Todos nos pusimos de pie para ovacionar a la pareja y a las hermosas bailarinas. Nadie se había percatado de lo que acababa de suceder. Un encuentro de almas, una unión de cuerpo y

espíritu. No de las que ves en una iglesia donde el padre lee textos machistas, mucho menos de las que se dan frente a un juez donde la firma y el anillo son lo que importa. Presenciamos un encuentro único, la unión de dos almas para el resto de la eternidad.

Amelia tenía los ojos llenos de lágrimas, de igual forma hizo como que no pasaba nada y con el cambio de música, caminamos hacia el centro de la pista donde bailamos como dos locos recién liberados del manicomio, al menos así me sentía después de haberle contado mis únicos secretos. Luego de unas canciones separados, se acercó a mí y al sentir cómo me abrazaba, cerré los ojos, levanté la cara hacia el cielo y me invadieron unas ganas de comerme al mundo, de gritar que amaba mi vida y toda mi historia, pero solamente exhalé un suspiro, el suspiro más grande de mi vida.

De pronto, Amelia me pidió que la siguiera, salimos de la boda y comenzó a correr descalza hasta que se tiró en la arena en una parte donde había muy poca luz. Estábamos en San Agustín, una pequeña comunidad con la mejor playa que he conocido.

Quise correr detrás de ella; pero, por primera vez en todo el día, dejé de pensar en Hilda y pude admirar su belleza cuando se quitó el vestido. Para tener un hijo de nueve años, el cuerpo de Amelia era una escultura que ni el mismo Miguel Ángel podía haber replicado. No entendí a dónde es que viajaba toda la comida que se había embutido en el día.

Bailamos durante otra media hora, pero esta vez, sin música alguna más que la de las olas del mar chocando con la arena. El resplandor de la luna iluminaba el camino.

—Ven, vamos a meternos al mar —me dijo cuando me acerqué a ella— tomó mis manos y con una suavidad inaudita me quitó el pantalón y la playera.

Entramos al agua tomados de la mano como si ya lo hubiéramos hecho antes cientos de veces, todo se sentía tan normal que me dejé llevar. De a poco nos fueron alcanzando las olas que me acercaron aún más a ella, parecía que el mar y las estrellas nos animaban a profundizar en lo desconocido. Y así lo hicimos.

Mirándome a los ojos, Amelia comenzó a decirme que si algún día escribía sobre ese momento, por favor dejara claro que su alma entera estaba presente cuando me pidió, en medio del mar, que la hiciera mía.

Como por inercia, nos besamos, nuestros labios no resistieron el

impulso de atracción que generó la ocasión; así que la tomé de la cintura para cargarla, ella me abrazó con las piernas y ahí pude sentir cómo penetraba cada célula de su cuerpo; me hirvió la sangre por dentro. El sonido de su primer gemido en mi oído provocó que me perdiera en el tiempo, fue como subir al cielo donde todo lo que nos rodeaba desaparecía en ese mismo instante, solamente estábamos los dos mirándonos a los ojos mientras mecíamos el cuerpo.

El silencio se hizo presente y tomó el control de mi cuerpo, de mi alma y de mi mente. Fueron minutos que se hicieron eternos, ni siquiera tengo palabras para describir lo que sentí cuando terminamos al mismo tiempo. Desaparecí de este mundo por un momento.

Luego de vivir lo que para mí sería la mejor experiencia sexual de mi vida, nos abrazamos. Salimos del mar como entramos, tomados de la mano y nos recostamos en la arena mirándonos el uno al otro.

Ay, Rubén, tantos amaneceres por descubrir y tú aferrado a despertar con la misma, dijo Amelia mientras los primeros rayos del sol se reflejaban en sus pupilas.

ACERCA DEL AUTOR

Mau Vázquez es un joven originario de la Ciudad de México, quien después de vivir un tiempo en la India, un hermoso divorcio y algunas canas, decide a los treinta años darle un cambio a su vida de empresario para experimentar, de manera formal, lo que más ha amado en la vida, escribir.